

# LA NORIA DEL MAL

Ilustración de cubierta: Andrzej Komendziński  
Diseño de interior y maquetación: Endoradisseny

Título original: *Eldhjulet*  
Esta obra ha sido publicada gracias al acuerdo con Salomonsson Agency

© 2023, Kristina Ohlsson, por el texto  
© 2026, Elda García-Posada, por la traducción

ISBN: 979-13-88042-14-0  
Depósito legal: B 5.150-2026

© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Primera edición: junio de 2026  
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

KRISTINA OHLSSON

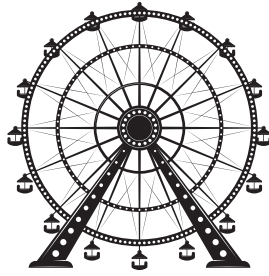
# LA NORIA DEL MAL

Traducción de Elda García-Posada



Duomo ediciones





# CAPÍTULO 1

«AQUÍ NO HAY QUIEN VIVA», pensó Heidi.

Ante el umbral de su habitación, miraba fijamente todo lo que el carpintero había destrozado. Papá llamaba a aquello «reforma», pero para ella era una auténtica catástrofe.

A su lado reposaba una maleta y, a la espalda, llevaba colgada su mochila. Acababa de regresar de Gotland con su padre y Jennifer, la pareja de este. Los tres habían pasado allí dos semanas, alojados en una casita prestada. Su madre no la había llamado ni una sola vez.

—Estará muy ocupada —le había dicho Jennifer, con una palmadita en el hombro.

«Muy ocupada».

Tanto que ya no tenía tiempo para su hija. Desde que se fue a vivir a Alemania, poco después de Navidad, solo la había visto en una ocasión. En un hotel. Le parecía demasiado largo el viaje

hasta Hovenäset, así que Heidi tuvo que subirse a un autobús que tardaba un par de horas en llegar a Gotemburgo para poder estar con ella el fin de semana.

En el interior de la casa se respiraba un aire cargado, sofocante. Fuera hacía calor y el cielo estaba encapotado. Una tormenta se acercaba al pueblo.

Su padre subió corriendo las escaleras.

—¡Heidi! ¿Dónde estás?

Ella no respondió.

—Vaya —exclamó él al ver la habitación—. Guau. Madre mía. Caray.

Eso era algo que solía hacer: empezar a soltar palabras sin ton ni son en cuanto se ponía nervioso. Rodeó a Heidi con el brazo y la estrechó contra su pecho. Ella no le devolvió el abrazo. Las lágrimas le nublaban la vista y sentía un nudo en la garganta. En el exterior, junto a la ventana abierta del dormitorio, los árboles crujían azotados por el viento. Más allá, se veía el mar. Olas salvajes agitaban la superficie del agua.

—Lo siento mucho, cariño. Estaba convencido de que el carpintero habría avanzado más. Pero ¿te has dado cuenta de lo bonito que ha quedado todo abajo? Aquí arriba quedará igual de bien.

«Abajo».

Donde dormirían papá y Jennifer.

Y «aquí arriba».

Donde viviría ella.

En una parte separada de la casa. Para que tuviera tranquilidad cuando llegara el bebé. Así se lo habían vendido: con doce años, decían, necesitaba tener su propio rinconcito en el que refugiarse. A Heidi, sin embargo, le daba la impresión de que, más bien, aquello se trataba de un lugar que les permitiría olvidarse de que ella existía.

Él volvió a abrazarla.

—¿Qué te parece? ¿Verdad que quedará genial?

No sabía qué contestar. Le habían pedido al encargado de la reforma que ampliara su habitación; por eso había tirado una de las paredes laterales para levantar otra un poco más allá. El problema era que la obra estaba sin terminar, de modo que lo único que se alzaba ante sus ojos resultaba ser una hilera de tablones verticales que iban del suelo al techo, tan separados entre sí que ella misma cabía entre ellos sin dificultad.

—El carpintero volverá dentro de cuatro semanas —le explicó su padre—. Se me había ocurrido que, mientras tanto, podríamos colgar una lona de esas de plástico delante de las tablas. Será casi como una pared.

Heidi dio un respingo.

—¿Cuatro semanas? ¿Me tengo que tirar el verano entero sin una pared en mi cuarto?

—Bueno... las otras tres paredes siguen en su sitio... —se apresuró a añadir él al ver la expresión de su hija—. Y, por supuesto, dejaremos todo esto bien limpio antes de poner la lona. Y colocaremos los muebles en su sitio. ¿Cómo lo ves?

Se hizo el silencio. El ruido sordo y profundo de un trueno en la distancia fue lo único que se oyó en ese momento. El temporal estaba cada vez más cerca. Grandes gotas de lluvia empezaron a golpear el cristal de la ventana. Heidi miró a su padre. A veces parecía tonto de remate. ¿A quién le gusta tener una pared de plástico en su dormitorio? A nadie. Absolutamente a nadie.

—Ya te lo he explicado: el carpintero no volverá hasta que no le acabemos de pagar lo que le debemos. Todo ha salido más caro de lo que pensábamos. Y yo no tengo la culpa de haberme quedado sin trabajo.

Ella apretó los puños dentro de los bolsillos. Sabía que estaba siendo injusta. En efecto, no era culpa suya que lo hubieran despedido el otoño pasado. Y tampoco Jennifer tenía la culpa de estar de baja por el embarazo. Sin embargo, ahora que él había encontrado un nuevo trabajo, Heidi se había hecho a la idea de que con eso bastaría.

Él se quedó callado un momento, esperando que su hija dijera algo. Como no fue así, probó a cambiar de tema:

—¿Has visto que van a traer una noria al camping?

Heidi lo miró sorprendida.

—Venga ya... —repuso.

Su padre se animó al verla hablar por fin.

—¡Es verdad! —insistió emocionado—. Salía hoy en el periódico local. La van a poner en medio de todos los campistas. Ya sabes, una noria es una de esas ruedas gigantes con cabinas que dan vueltas y vueltas.

—Papá, sé perfectamente lo que es una noria.

—Un día podríamos subirnos —sugirió él, a la vez que le revolvió su pelo corto.

—¡Fredde! ¿Puedes venir un momento? —gritó Jennifer desde la planta de abajo—. Necesito que me eches una mano para levantar una caja.

Heidi puso los ojos en blanco. En los últimos tiempos, la pobre parecía necesitar ayuda para todo. La tripa le crecía semana a semana, y se la veía casi el día entero resoplando y quejándose.

Su padre le acarició la mejilla.

—¿Quieres pasarte un rato a ver a la abuela? Se alegrará de verte.

La abuela vivía sola, en una casa que quedaba a tiro de piedra de la de ellos. Con su avanzada edad, empezaba a tener problemas de memoria. Además, veía muy mal. Otra de las cosas terribles que habían ocurrido el último año: que hubiera empeorado tan de repente.

—Iré más tarde, quizá. Si no quedo con Alva y Harry.

Alva y Harry eran sus mejores amigos. Los había echado de menos un montón durante aquellos quince días en Gotland.

—Estupendo —dijo él—. Bueno, voy a ayudar a Jennifer.

Heidi no contestó. Al poco, lo oyó bajar corriendo las escaleras e, instantes después, las risas de los dos llegaron a sus oídos.

Acto seguido, dio un par de pasos al frente y entró en su habitación. La habían vaciado antes de irse de vacaciones, creyendo que la obra estaría terminada al regresar.

Se asomó a la ventana y vio a su padre acercarse al coche: todavía quedaban cosas en el maletero. La lluvia le obligaba a moverse a toda prisa.

Luego, se volvió de nuevo hacia el interior de la estancia y se quedó reflexionando unos segundos. Lo mejor sería que empezara a limpiar y a organizar un poco todo aquello; al fin y al cabo, le tocaba dormir en esa habitación desangelada.

De repente, reparó en algo.

Algo extraño.

Había una pequeña caja de madera en un rincón.

Heidi se agachó frente a ella. Era más o menos del tamaño de una de zapatos, aunque más plana.

Sobre la tapa, una nota rezaba:

*La he encontrado bajo el suelo.*

*Roger.*

Roger era el carpintero. Pero ¿qué quería decir eso de que la había encontrado «bajo el suelo»?

A continuación, miró los tablones verticales destinados a convertirse en pared y se dio cuenta de que, en aquella zona, un gran hueco se abría en el entarimado. El carpintero debía de haber retirado dos de los largos listones de madera del parquet y había encontrado la caja debajo.

La observó minuciosamente al tiempo que le iba dando vueltas.

Estaba sucia y polvorienta; sin embargo, aun así, todavía podía apreciarse la pintura negra y brillante que la recubría.

La sacudió con cuidado. Había algo dentro, se oía con toda claridad. Algo que se deslizaba de un lado a otro.

Tiró de la tapa y, de un único gesto, la abrió.

Se quedó contemplando el interior.

Un zapatito de niño.

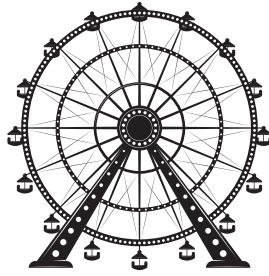
Era lo único que guardaba la caja de madera. Lo sacó: era antiguo, confeccionado enteramente en piel. Presentaba varias manchas de suciedad y el cuero se sentía rígido al tacto. En los laterales, el material estaba cuarteado en grietas negras. La suela se veía endurecida y un fino cordón colgaba desatado.

¿De quién sería aquel zapato? ¿Y por qué lo habrían escondido bajo el suelo de su dormitorio?

Un nuevo trueno retumbó aún más cerca.

Heidi volvió la vista hacia la ventana. Las nubes espesas y oscuras que se cernían sobre el mar se habían multiplicado.

Fue entonces cuando oyó gritar a Jennifer.



## CAPÍTULO 2

JAMÁS EN LA VIDA Heidi había corrido tan deprisa. Encontró a la pareja de su padre en la cocina, sentada en una silla, sujetándose el vientre. Una expresión de desasosiego le ensombrecía el rostro. Tenía la vista clavada en la otra puerta, la que daba al recibidor y a la entrada de la vivienda.

En el umbral había un hombre.

—¡Perdón! —se disculpó él—. ¡Perdón! No era mi intención asustarles. Es que... he llamado, pero nadie me oía. Y como estaba abierta de par en par, he entrado... aunque, desde luego, ha sido una torpeza terrible por mi parte...

Jennifer le miraba con inquietud. Heidi se colocó junto a ella. Apenas un par de segundos después, su padre irrumpió en la casa y, empujando a un lado al intruso, se abrió paso hacia las dos.

—¿Quién narices es usted? —le gritó—. ¿Y qué hace aquí?

A continuación, se volvió hacia las chicas.

—¿Estáis bien? Estaba en la parte trasera y he oído un grito.

Venía empapado por la lluvia, con la ropa chorreando.

—He sido yo —dijo Jennifer—. Este señor me ha dado un buen susto.

—No saben cómo lo lamento —volvió a disculparse el hombre—. Había venido a preguntar si la habitación seguía libre. No obstante, entiendo que, después de esta forma de presentarme, no querrán tenerme como inquilino...

Tenía una expresión lastimosa. Vestía unos pantalones largos negros y un jersey de cuello alto, también negro. Tenía el pelo espeso y oscuro, igual que su barba. «No es fácil adivinar su edad, aunque debe de tener más o menos los mismos años que papá», pensó Heidi.

¿Qué pintaba ese tipo en su casa?

Su padre negó con la cabeza.

—«¿Inquilino?» —repitió, ladrando como un perro—. ¿Cómo que inquilino?

Jennifer, en cambio, parecía de pronto aliviada, incluso contenta.

—¡Ah! Ahora lo entiendo... —exclamó al tiempo que se levantaba y apoyaba, a continuación, una mano en el brazo de su pareja—. Es que puse un anuncio en el camping. Como a veces se llena, dejé una nota diciendo que tenemos una habitación extra, disponible para alquilar.

—¿Estás de broma? ¿Has tomado esa decisión por tu cuenta,

sin hablarlo conmigo? —replicó él, abriendo los ojos de par en par.

—No —respondió ella con firmeza—. He intentado hablarlo contigo muchas veces. Pero no escuchas. Necesitamos el dinero, Freddie. No es tan difícil de entender. Y el cuarto de invitados está vacío.

La habitación se encontraba en el sótano, donde también había una pequeña cocina. Además, disponía de entrada independiente. Heidi no recordaba que la hubieran alquilado nunca.

—No estoy de acuerdo —declaró él—. No quiero extraños en casa bajo ningún concepto. El dinero me da igual. Ya haré horas extra.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? Si tu jefe no te ha garantizado ni media jornada... —replicó Jennifer con expresión triste y un brillo intenso en los ojos.

El recién llegado carraspeó en el umbral de la vivienda.

—Veo que no lo han hablado entre ustedes. Así que...

—Sí, lo que hemos hablado es suficiente —le interrumpió Freddie—. Tendrá usted que buscarse alojamiento en otro sitio.

—¿Desde cuándo decides tú por los demás? —respondió su novia, enfadada—. ¿Es que Heidi y yo no contamos?

—¡Heidi! —aulló él—. ¿Acaso crees que a ella le apetece compartir casa con un puñado de extraños?

—No. ¡Pero igual sí le apetece tener un cuarto con cuatro paredes de verdad! —replicó Jennifer, con la voz quebrada—. ¡Y la posibilidad de seguir viviendo en su casa de toda la vida!

Un silencio absoluto se hizo en la cocina. A Heidi le latía el corazón con fuerza.

«¿La posibilidad de seguir viviendo en su casa de toda la vida?».

—¿De qué está hablando, papá? —preguntó muy bajito—. ¿Es que nos vamos a mudar?

—No —respondió él con brusquedad—. No nos vamos a mudar.

—Tu hija tiene derecho a saber los problemas que nos agobian —terció Jennifer.

—¿Ahora mismo? ¿Delante de las narices de un extraño? ¿Es que no te basta con alquilarle una habitación?

Heidi sintió cómo un pánico tremendo empezaba a invadirle de los pies a la cabeza. ¿Pero cuánto dinero necesitaban?

—De verdad que no quería provocar una pelea —dijo el intruso, intentando hacerse oír—. Me llamo William Sullivan, aunque todo el mundo me llama Bill. Soy el que va a traer la noria al camping. Pero acabo de enterarme de que no puedo alojarme allí: está completo.

¡El hombre de la noria!

Su padre abrió la boca y la cerró de nuevo, como un pez fuera del agua.

—¿De verdad? —dijo, al fin—. ¿Es usted el propietario de la noria?

El señor Sullivan asintió con la cabeza. Heidi miró por la ventana de la cocina hacia la calle. No se veía ninguna noria.

—Todo se decidió hace apenas una semana —explicó el recién llegado—. En principio iba a llevar la atracción a Strömstad, pero el contrato se canceló. Así que, en vez de eso, vine aquí. El problema es encontrar alojamiento. Todas las casas están ya alquiladas y el hotel de Kungshamn no puede acogerme. Por eso me he alegrado tanto al ver su anuncio en el camping. Puedo pagarles bien.

Los dos posibles anfitriones se miraron en silencio.

Heidi apenas podía respirar de pura rabia. ¿De qué iba su padre? ¿Por qué no le había contado lo mal que andaban de dinero?

—Perdóname... —susurró Jennifer—. Tendría que haberte dicho lo del anuncio.

—No pasa nada —repuso él, un pelín avergonzado—. Es solo que me ha pillado por sorpresa.

A continuación, se volvió hacia su hija.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó—. ¿Te parece bien que alquilemos la habitación?

Heidi asintió. Por supuesto que sí. Cualquier cosa, con tal de poder seguir viviendo en su casa de toda la vida.

Además, Bill tenía pinta de ser un tipo simpático. ¡Y era dueño de una noria! ¡A lo mejor los dejaba subir gratis, a ella y a sus amigos!

—Entonces, no se hable más —concluyó su padre—. Bienvenido.

Y así quedó todo resuelto. Tendrían un inquilino, que se alojaría en la habitación del sótano durante el verano.

El hombre les estrechó la mano a los tres, uno por uno, con un apretón fuerte y cálido.

—Pronto vas a tener un hermanito, ¿verdad? —observó, mirando la barriga de Jennifer.

Los dos mayores se echaron a reír, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—Así es. Dentro de cuatro semanas.

El recién llegado sonrió.

—Cuatro semanas... —repitió—. Entonces quizá tenga el honor de conocer a la criatura.

—Esperemos que sí —contestó Jennifer.

El padre de Heidi miró con curiosidad al nuevo inquilino.

—¿Habías estado antes en Hovenäset?

—No, nunca —respondió Bill—. Pero parece un sitio de lo más acogedor.

—Lo es —aseguró él—. El lugar más bonito del mundo. Y el más pequeño.

«Totalmente cierto», pensó Heidi. En invierno residían apenas doscientas personas en todo el pueblo. En verano eran muchas más, pero solo por unas pocas semanas.

Nadie en la familia amaba tanto aquel pueblecito pesquero como su padre. A ella también le gustaba. Cuando era pequeña vivían en la localidad vecina de Kungshamn, a unos kilómetros. Se trasladaron a Hovenäset una vez cumplió los seis años. Su madre solía comentar a menudo cuánto se arrepentía de la mudanza.

«Yo quería vivir en Gotemburgo», le había confesado. «Sin embargo, Fredde se empeñó en irse a un sitio todavía más pequeño que Kungshamn. Esto no es para mí. En este pueblo no hay nada».

«No es verdad, claro que hay cosas», pensaba Heidi. «Quizá no haya tiendas ni restaurantes. Pero hay una playa, tenemos un cobertizo de pesca precioso con una lancha junto al mar. Y estoy yo...».

¿Por qué eso no le bastaba?

—¿Cuándo te gustaría instalarte? —preguntó Jennifer.

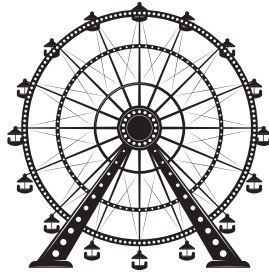
Bill se enderezó.

—Si puede ser, mañana por la mañana —dijo Bill, erguido—. Aunque quizá eso no os vaya bien...

—Oh, sí, no hay problema —respondió ella—. Nos apañamos. El hombre sonrió.

—Estupendo —replicó rascándose la barba—. Bueno, ahora tengo que irme. Nos vemos mañana.

A continuación, alzó la mano en señal de despedida y salió de la casa por el mismo camino por el que había entrado.



## CAPÍTULO 3

CAYÓ LA NOCHE y cada vez más nubes oscuras encapotaron el cielo de Hovenäset. Mientras Jennifer limpiaba la habitación de invitados, Heidi y su padre se pusieron a arreglar la de arriba.

No conseguía quitarse de la cabeza lo que había oído esa tarde. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si se veían obligados a vender la casa? Al cabo de un rato, se atrevió a preguntar sobre el tema directamente.

—Me da vergüenza —dijo él bajando la mirada—. Yo no quería que te enteraras de nada.

—¡Pero tengo derecho a saberlo! —respondió ella con enfado.

—Es que confiábamos en que al final se arreglaría. Y, en efecto, así ha sido. Con mi nuevo trabajo y el dinero que recibiremos de nuestro inquilino nos bastará.

—Eso no lo habéis sabido hasta hoy —replicó Heidi—. ¿Y si Bill no hubiera aparecido?

—Pero lo ha hecho. Eso es lo único que importa.

Esta vez fue ella quien bajó la vista.

—¿Cuánto va a pagar por la habitación? —preguntó.

—Mucho. Acaba de llamar y me ofrece mucho dinero.

—¿Es que es rico o algo así?

—Tiene pinta. Quizá sea estadounidense. Por el nombre, lo parece: William Sullivan.

—Pero no todos los estadounidenses son ricos, ¿no?

—No, desde luego que no.

Se quedaron en silencio. A Heidi le gustaba la idea de tener a una persona nueva en casa. Lo que no le hacía ninguna gracia era su recién estrenada «pared de mentira», consistente en una lona de plástico colgada del techo, oscura y fría. Le recordaba a los muros de una cárcel.

Un trueno la hizo estremecerse. La lluvia repiqueteaba contra el tejado y un fuerte viento comenzaba a soplar.

—Creo que debería bajar a echar un vistazo a la lancha —dijo su padre—. No he ido todavía desde que hemos vuelto de Gotland. Además, quiero pasar a ver a la abuela. ¿Te apañas tú sola con el resto?

Ya habían limpiado y colocado los muebles entre los dos. Ahora únicamente quedaba ordenar las cosas que habían tenido que mover de sitio: libros, fotos y objetos de decoración.

—Dile a la abuela que yo iré mañana a verla.

—Se lo diré —respondió él, antes de marcharse.

Un nuevo fragor retumbó en el cielo. Seguro que a la próxima

sonaría aún más cerca. Se preguntó dónde dormiría Bill esa noche. Y dónde tendría su noria.

Entonces le sonó el móvil.

Era Harry, al que conocía desde que iban a la guardería. Vivía en una casa de color lila cerca de la suya.

—¿Qué tal tu nueva habitación? —preguntó—. ¿Puedo ir a echarle un vistazo?

Heidi contempló el caos de su dormitorio.

—No hay mucho que ver. ¿Qué tal lo habéis pasado en Francia?

Su amigo había estado una semana en París con su familia. Le habló de los hoteles abarrotados, de los largos viajes en coche y de la Torre Eiffel, que era altísima. Conforme le escuchaba, la mirada de Heidi se deslizó hasta el hueco en el suelo, entre las tablas. Entonces, se acordó del zapatito. Lo había vuelto a guardar dentro de su caja. Sin embargo, en ese momento, sintió el deseo de sacarlo de nuevo de su escondite. Ojalá pudiera entender por qué alguien lo había colocado allí. Y por qué únicamente había un zapato y no dos.

Heidi se acercó a la cavidad y se tumbó junto a ella, boca abajo. Luego, metió la mano y empezó a tantear por debajo de los listones de madera hasta hundir el brazo por completo. No encontró ningún otro zapato, tan solo pelusas de polvo blandas y fibrosas.

Sin embargo, de pronto, sus manos rozaron algo muy distinto. Algo duro y frío.

Estirándose todo lo que pudo, logró al fin, entre jadeos, atrapar aquella cosa.

—¿Hola? ¿Me escuchas o qué? —dijo Harry.

—Sí, claro —respondió ella, intentando que su voz sonase normal—. Solo estaba...

Después, se interrumpió al ver lo que tenía en la mano. Se trataba de un objeto alargado y plateado, con una bolita redonda en una punta: un sonajero antiguo. Un juguete para bebés. Heidi recordó haber tenido de pequeña uno casi igual, que le habían regalado sus tíos maternos cuando la bautizaron.

Su tacto era frío y, al agitarlo, emitía un leve y sordo tintineo.

Qué extraño que también hubieran escondido algo así.

¿A quién habrían pertenecido el viejo zapatito y el sonajero?

¿Y cómo habían ido a parar bajo el suelo de madera del dormitorio?